

## CON SENTIDO Y CONSENTIDO

*Impresiones y paisajes*  
(Federico García Lorca)

### I IMPRESIONES

Quizá debería comenzar diciendo que este libro, en realidad, es más que un libro, que a lo mejor es un bosque de palabras y sentidos. O de huecos y sinsentidos, como tal vez diría Nuria Ruiz de Viñaspre para no dejar títere con cabeza o cabeza sin títere que la pasee. Aunque a lo mejor no tenemos ya cabeza y somos en este mundo sólo cuerpos descabezados de títeres que se balancean en una barraca de feria. Lo que sí puedo resaltar es que este libro no se nos cae de las manos, que no se parece a ninguno, aunque está plagado de referencias literarias o filosóficas que multiplican sus significaciones. Un libro con sentido y consentido, porque su autora ha sabido dejarlo ir por donde ha querido cuando ha visto que la llevaba al misterio que es la literatura y la vida.

He encabezado este texto con una cita de Federico García Lorca, porque sé cuánto ama la obra de Lorca Nuria Ruiz de Viñaspre. Un homenaje, por lo tanto, también a su buen gusto.

Estas palabras preliminares no tienen intención de ser un prólogo propiamente dicho, sólo quiero hacer pública mi unión con este libro, con esta serie de poemas que dicen más allá de lo que dicen, que nos hablan como habla siempre la poesía: de lo no dicho, de lo que anda por debajo entre las líneas del poema. Pero aquí con el inconfundible estilo de la autora, jugando con las palabras, con el sentido de las palabras para que choquen y estallen y nos iluminen y sorprendan. Todo lo no dicho se alza, pues, en el poema. Y se hace público cuando llega al libro y el libro llega a los estantes de una librería o a los escaparates. Y sobre todo a la mesa de los lectores para ser leído.

Cuando yo era niña miraba los escaparates donde colocaban los juguetes que nos traerían los Reyes Magos. Hoy miro este libro y lo abro como un regalo. Nuria Ruiz de Viñaspre es la maga del lenguaje. Leemos un libro de Nuria y nos invade la magia, es decir, la realidad

que estaba ahí y no veíamos. La magia es la luz que levanta el poema, igual que al abrir el paquete que los Magos dejaban en el balcón surgía la sorpresa.

Este singular libro aparece dividido en dos partes: “Extimidad”, la primera, “Intimidad”, la segunda. Pero las dos caben en el paraguas de su título: *Todo se hará público*. El término “extimidad”, que proviene del psicoanálisis (Lacan, Miller...), es una manera de decir, simplificando bastante, que es muy difícil separar lo que es el mundo interno del externo. Precisamente en un poema de la primera parte se aborda esto. Naturalmente, acompañado por esta cita de Lacan: “*lo más íntimo justamente es lo que estoy constreñido a no poder reconocer más que fuera*”. Poema que nuestra autora termina de este modo: “por eso nuestro Otro es lo más éxtimo del hombre/ un Otro frenético al que estamos más ligados/ que a nuestra propia efigie”.

Aunque también, en torno a lo privado y lo público, que ahora se está desdibujando, podríamos indagar en otras raíces histórico-filosóficas más lejanas: y es la clara distinción que el mundo burgués estableció entre lo público y lo privado, que nos ofreció esta dicotomía, separando nuestra vida en esas dos esferas. Un modo de intentar ordenar el funcionamiento de la sociedad, reservando para las mujeres la esfera de lo privado y la sensibilidad o el sentimiento y para los hombres el lugar de lo público y la razón. Pero ya de sobra sabemos que esas dicotomías burguesas son falsas, no existen en realidad, porque las dos esferas se entrecruzan (¿cómo la extimidad con la intimidad?): lo público incide en lo privado y lo privado en lo público. Y las mujeres que estábamos destinadas a la casa y a lo privado estamos en la calle y en lo público y los hombres también disfrutan o asumen (o se resisten a asumirlo) el espacio de lo privado para ellos. Todo se mezcla. Ya se ha repetido muchas veces: lo personal es político. Lo público ha invadido nuestras vidas y lo privado está en el aire ya, como la ropa se tiende en los balcones del extrarradio o como nos asomamos continuamente a la plaza pública que nos abren las redes sociales (donde también, quizá, más vulgarmente, podríamos hablar de intimidad convertida en extimidad). La historia no se detiene.

Así pues, creo que este título *Todo se hará público* resulta un título perfecto y fantástico para acoger la complejidad de este libro, porque al final, la “Intimidad” y la “Extimidad” son tan públicas como privadas. Y eso queda patente cuando se leen estos personalísimos poemas, donde la mezcla de lo sensible y racional, del pensar y el sentir resulta una amalgama inseparable, donde la reflexión constante sobre nuestro mundo nos deja una herida abierta que rezuma al mismo tiempo lucidez y amargura, desengaño y emoción, hermosura y crueldad, esperanza y desesperación.

Nuria Ruiz de Viñaspre sabe que las palabras nos estallan en las manos y nos enseñan lo mismo que esconden: un dolor que ha de nombrarse, pensarse, y una emoción que tampoco sabemos ni podemos ocultar. Un vitalismo poderoso, capaz de apurar lo mismo la copa de luz, de fuerza, de alegría en la mañana fresca y vigorosa, que la copa del dolor y la fatalidad que también nos acecha con sus ojos de gato fijos en la noche.

Todo se hará público, todo entra en la obra de esta autora, que disecciona a su manera, en su discurso-río, el cuerpo social, el alma de este mundo sin alma que estamos construyendo (“qué desmundo”, diría ella). Nuria Ruiz de Viñaspre se empeña en arrancar el sentido del sinsentido que envuelve nuestra vida y dejarlo a la vista de todos y no oculto tras los muros de nuestras casas que no son un lugar incontaminado donde protegernos (ese lugar que, quizá, sólo posean los dueños del mundo) sino un lugar donde cada vez nos sentimos más débiles, desprotegidos y sometidos.

## II PAISAJES

*Yo no sé dónde el árbol es pájaro  
Y dónde es rama  
... así todo  
(Nuria Ruiz de Viñaspre)*

La cita que aparece aquí es el segundo poema del libro. En tres versos nuestra autora dice casi lo más importante que tiene que decirnos. ¿Qué somos? ¿Dónde comienza y termina nuestra realidad, la realidad de un mundo que nos atrapa y nos confunde?

Los paisajes de este libro son paisajes de interior. Quiero decir, paisajes contruidos desde el pensamiento, desde la reflexión poética, paisajes de nuestra propia vida. Interrogaciones sobre nosotros y sobre cómo vivimos el mundo en que vivimos... Tanto en los que corresponden a la parte titulada *Intimidad* Como los de la primera parte: *Extimidad*. Por ejemplo, a esta parte pertenece el poema “Todo se hará público”, precedido por una cita del filósofo del postmodernismo J. F. Lyotard (*y es que filosofar es dejarse llevar por el deseo...*). Poema que no sin vuelo posmoderno comienza diciendo:

*lo peor que nos puede suceder es que las cosas funcionen  
porque al final no funcionarán y el fracaso se hará público*

El libro se abre con una cita de Jacques Lacan: “no saben que lo saben” y navega por las profundidades del surrealismo y del inconsciente, tratando de ver y pensar el mundo. De darle o vislumbrar alguna luz más o menos clara desde la sombra que somos, desde la oscuridad de donde nace nuestra mirada. Se divide en las dos partes a que nos hemos referido: *Extimidad e Intimidad*.

La primera comienza con una cita de San Agustín: *Dios es “más interior que lo más íntimo mío”*. Y el primer poema es muy importante, pues de alguna forma va a iluminar el resto del libro. No lleva título. No tienen título casi ninguno de los poemas de este libro, que es una continua reflexión sobre lo que nos habita por dentro y por fuera. Una manera de levantar en el poema, desde la sombra de la que ya he hablado, la realidad que somos. La poesía nos construye desde la oscuridad. Lleva este poema una cita de Clara Janés, una cita que abre una interrogación luminosa: “¿De qué sirve el doble cuando ya se ha escindido? / Es engaño o ficción, también desgarradura y abismo. / No soy tú –dice– al que aspira a oír: tú soy yo”.

Tras esta cita poderosa se despliega en el poema la escisión, lo que nos divide por dentro, lo que nos duele, nos aterra:

“¿tú nunca estás triste?  
-preguntó la extimidad a la asombrada intimidad-  
¿nunca?  
-continuó la extimidad-  
y dos sílabas negras cayeron de mi boca  
-ser y oscuro-“

Sí, somos y somos oscuridad.

Y el poema termina con otra sorpresa u otra luz (negra), recordando ahora la autora un verso de Juan Carlos Mestre y su celebrado libro: *La tumba de Keats*:

“después llegó la calcificación de las almas  
*la cavidad del espíritu*“

A la autora, ya se ha dicho, le gusta jugar con el lenguaje. Jugar, para pensar de otra manera, jugar para encontrar. Con la frase de Simone de Beauvoir, “*existir significa remodelar la existencia. Vivir es la voluntad de vivir*“, continúan las indagaciones de este libro acerca del modo cómo nos enfrentamos a la vida-muerte, al sí-no, en torno al que se mueve nuestra existencia, en continua pelea de contrarios.

En esta indagación la autora recrea a su manera, siempre de una forma metafórica y potente, determinados momentos simbólicos de nuestro mundo, que discurren entre la historia y el mito, como por ejemplo los significativos poemas de la serie dedicada a la

Atlántida (siete). Poemas enigmáticos, poderosamente sugerentes, sin embargo, sobre nuestro mundo, que puede parecer una balsa, tal el agua azul de una piscina contra la que se bañan a golpes hasta ser tragados por ella, unos misteriosos pájaros... Esta serie de poemas tan surrealistas, entre un tornado y los pájaros y una piscina, que también puede ser un mar (¿el mar donde se baña, o se estrella, nuestra vida?) va acompañada, cómo no señalarlo, de la frase *“el presente destruye el pasado cada día”* de la famosa escultora surrealista Louise Bourgeois (que varias veces vuelve a ser citada en el libro). Y en ellos también llama la atención que se recoja el conocido y tan misterioso y hermoso mantra budista: *om mani padme hum*, que agrega calma (o ¿*karma*?) y más misterio en esta serie de poemas.

“ella bajó al futuro y allí descansaba su pasado  
era un cuerpo de mirada perpetua  
un pájaro con las patas metálicas mirando al cielo de la piscina...  
...  
y lo enterró bajo la futura manta de este mantra  
*om mani padme hum*  
...  
como si la vida fuera un casino de supervivencia  
esa sala de juego a la que entras antes de aprender a morir.

No voy a desentrañar, claro está, eso sería imposible y no es el fin de estas palabras preliminares, la gran carga de sentido, vitalidad e indagación que se acumula en estos poemas. Ni siquiera podría decir cuáles me parecen más significativos porque todos nos hacen pensar y nos provocan cierta conmoción, aunque me referiré brevemente a algunos.

Llama la atención el gran número de reveladoras citas de grandes autoras/es que más que acompañar a estos poemas forman parte de ellos, se integran en el cuerpo, en la textualidad del poema. Nombres, además de los ya citados, como Ko Un (grandísimo poeta coreano); Rosa Luxemburgo (*“Quien no se mueve no siente las cadenas”*); José María Castiñeira de Dios y su famoso *“volveré y seré millones”*; Virginia Woolf, con una cita que precede a uno de los poemas más sangrantes de este libro, el titulado *“Ovejas eléctricas en Siria”* y que termina recordando a Blas de Otero: *“me queda la palabra/nos queda la palabra”* o la de Edgar Bayley para otro singular poema: *“Un tendal en Irán”*. Todos poemas que nos dejan ante nuestros ojos, una mirada oblicua y deshilachada sobre un mundo que arrastra su dolor y sus lacras ante ojos que no quisieran ver lo que miran o no quisieran mirar lo que ven. Ojos, manos, brazos impotentes.

Una cita del neurólogo y psiquiatra Viktor Frankl, que fue liberado del campo de concentración de Auschwitz, en 1945, inicia la segunda parte, la titulada *“Intimidad”*, con un poema muy sugerente, *“Tautología”*, encabezado por una cita de la gran Alejandra Pizarnik. Se

puede decir que de alguna manera esta parte recoge poemas más directamente íntimos, pero con una intimidad que no se mira el ombligo, sino que sigue siendo una mirada al mundo desde lo más íntimo. Por ejemplo: “somos cuerpos hechos para no durar/ sujetos barrados/ como el pájaro estrellado en azulejos de piscina/ como el cántaro que se rompe al caerse de un andamio” (poema “En la balanza oscura”). O bien: “el límite de la intimidad/ [es virtual]” (de: “La mujer centinela”). O podemos detenernos en el poema “Principio de identidad” (uno de mis preferidos), con una cita de mi amada Emily Dickinson: “algunos piensan que la palabra muere cuando se ha dicho,/ yo digo que apenas entonces comienza a vivir”: “en algún momento de la noche experimenté un poema/ era un poema solar// *pero un poema es un poema es un poema es un poema...*”, que también nos recuerda a Gertrude Stein y su “*una rosa es una rosa es una rosa*”. Como a la propia autora, que termina jugando una vez más: *pero un poema es una rosa es un pájaro es una boca es un beso/ es el sol*.

En fin, no cesa la poesía de Nuria Ruiz de Viñaspre de jugar con el lenguaje y con las ideas para alcanzar iluminaciones o verdades que no teníamos. La poesía no está en la palabra, sino en lo que nos despiertan dentro de nosotros las palabras. A esta parte pertenecen dos hermosos poemas de amor -o amorosos- que surgen como el sol entre las nubes para darnos tibieza y esplendor y también aflora una especie de divertida pesadilla, al volver del trabajo medio dormida (“La hora del Ángelus”).

Tanto la primera como la segunda parte terminan con una serie de poemas en prosa que derrochan fuerza, emoción y estilo inconfundible, como “La silla de la vejez”. O como otros de denuncia, dolor, desgarró: “Iza-N-iza” sobre el ya terriblemente famoso atentado terrorista o el titulado “Desmundado mundo”, que comienza así: “Cada vez hace más frío fuera –dijiste enhebrando el hilo con el que se zurce la desesperanza...” o “Madrid. El puente de Ventas”, con este epígrafe: “*no hay mayor intimidad que la propia extimidad/ no hay mayor extimidad que la propia intimidad*”, donde se muestra con dureza y desnudez todo el desamparo de “Los que viven ahí. Cuando ese ahí es más que adverbio. Es frío, uña, témpano, pasarela y túnel”.

En esta parte hay una serie de magníficos poemas, y entre ellos resulta imprescindible por su significado, su intensidad, su denuncia, el titulado “Los *nolugar*”, precedido de un texto de Sófocles, de su obra *Antígona*, donde habla, precisamente Antígona, de cómo Creonte ordenó no enterrar a Polinice. Poema, como digo, especialmente potente y memorable sobre los muertos abandonados en las cunetas o en fosas comunes tras nuestra guerra civil, nuestros inenterrados.

Un breve poema da fin a este libro. Lleva una cita de Ida Vitale que dice: *“Escribo, escribo, escribo/ y no conduzco a nada, a nadie”*. Sin embargo, yo, al terminar de leer estos poemas he tenido la sensación de haber recibido mucha luz, y ahora cuando cierro el libro me deslumbra la oscuridad.

Ángeles Mora